

Un altar mexicano en la Casa Colón

Por la celebración de Todos los Santos

ODIEL ■ HUELVA

La Casa Colón se convirtió ayer en un altar mexicano gracias al trabajo de los artistas Oscar Manuel Vázquez y Nelson Medina Castillejos. Esta comunidad celebró en el Palacio de Congresos de la ciudad el 1 de noviembre, día de Todos los Santos.

Esta efemérides se celebra en México con una mezcla de la cultura prehispánica y la religión católica, donde el pueblo ha logrado mantener sus antiguas tradiciones vivas. La asociación 'Oxaca en Huelva' celebró su particular festividad con la recreación de un típico altar de este país, decorada con una

alfombra de arena con figuras y colores, tal y como se disponen en este país cuando se va acercando la fecha de la Festividad de Todos los Santos.

En el montaje de la altar participaron miembros de la asociación bajo la dirección de los dos artistas mencionados. En México las familias pasan largas horas trabajando en el altar y, por ello, muchos son considerados verdaderas obras de artes, ya que reflejan el trabajo, dedicación y creatividad de sus creadores. Los altares suelen tener diferentes niveles y cada uno de ellos tiene un significado diferente dentro de esta efemérides.



RITUAL. Imagen del altar mexicano habilitado en la Casa Colón.

JOSELE RUIZ

Los versos de Carmen Ciria

Cuando participo por ahí en un acto literario suelo cerrar leyendo obras de gente de mi entorno a la que admiro. Así he compartido con diversos auditorios poemas de Juan Delgado, Lara, Moya, Abelardo, Uberto Stabile y otros, sin que ellos lo supieran. Hablo de sitios a la mano como Calcuta, Nueva York, Dublín, etc.

Hace unas semanas presenté en París la reedición de un libro mío y, según esta costumbre, leí poemas de Carmen Ciria, a la que Stabile tuvo el acierto de incluir en Mujeres en su tinta, Antología de voces poéticas femeninas, voz con un universo "próximo y contemporáneo, como refleja el magnífico poema Aman-tes glaseados", que dedica a Simone Ortega y sus recetas. Ese fue el poema leído: "Se escogen los recuerdos más delicados y los momentos / de epifanía, y se les raspa la piel / con el filo de un cuchillo. / Se les quita toda la nostalgia y las palpitaciones / que aún provoquen y se lavan bien. / Si son recuerdos pequeños, cotidianos, / se dejan enteros, / si son grandes, llenos de pasión y alma, / se cortan en dos a lo largo. / Se meten en un cazo con el agua fría, la mantequilla, / el azúcar y la sal. / Se recorta un papel grueso, impregnado de ganas de librarse de ellos, / de confianza en el futuro, /

y se mete dentro de la cacerola / tocando casi los sentimientos. / Se cuecen a fuego vivo / hasta que se haya consumado el dolor. / Cuando llega este momento / los recuerdos están a punto para ser olvidados. / Se sirven en fuente honda, acompañando al corazón / de la cocinera, salteado y con pimienta".

Carmen Ciria acaba de publicar Árbol de

Unicornio, Es hora de la Fuga, etc. A pesar de la mala edición de la obra, los versos de Carmen Ciria destilan Poesía con mayúscula, ajena a los laberintos que se vierten en la solapa sobre horizontalidad y verticalidad de no sé qué. Más allá de estas cosas, de premios, cargos, gestiones y otros adornos innecesarios, Carmen Ciria ofrece una vez más una clara y recia obra de las que se releen, de las que se recomiendan, de las que se memoran, de las que se comparten en eventos, con el honor que merecen, fuera del agobio localista.

Se hurga en el alma para sacar lo que se puede; no lo que se quiere: lo que se puede; mucho o nada, es la diferencia esencial del jadeo humano por conseguir expresarse. "Un viento amatista pasó sobre la tierra / y ha sellado las fuentes de mi abismo". El alma es un punto en el infinito que nadie sabe dónde está, pero está, ni

qué es, pero es. "Sólo beber la Luz; sólo beberla". Hay quien cree que la toca y no consigue más que plagiar algún triste tejer y destejer, quizás con-

vencido de que el alma reside en la oreja, en el colmillo, en la barriga o tras la cortina del despacho. Frente a estas incertidumbres, en tantos casos: lo único reseñable, aflora en contadas ocasiones, sin hacer ruido, una voz poética que trae en su obra el perfume del alma, que anuncia que está donde "se abre esplendorosa la campiña" plena de latidos. Y se sabe que su expresión proviene de esa sede única por la belleza que encierra su equipaje de palabras tras haber capturado "un tiempo remoto que me aturde / y ya no sé / si es tomillo o marisma lo que huelo". El lector entonces se reconforta y dice carne adentro: "clareando mis murallas, / hermoseó mi alféizar con su obsequio".

Quien crea belleza, sea con palabras, notas, colores o rayos, construye una sola obra. En el caso de Carmen Ciria, el material es el verso, del que nace el poema con vocación de perdurar en una voz, en un libro como Árbol de Invierno. Dice Leonardo: "El punto se mueve y nace la línea; la línea se desplaza y nace el plano; el plano se eleva y nace el volumen; tus manos sacarán lo que lleve dentro..."

Carmen Ciria no ha sabido, hasta hoy que lo escribo, que el auditorio parisino aplaudió su poema y quiso que lo repitiera. Parece poco, pero hay que sentir ese aplauso en la capital de Europa dedicado a la obra de una colega lejana; aún más lejana en aquellos días, en los que ella estaba en América, quizás buscando ese punto crucial que es el alma, guardando sensaciones con las que nos volverá a sorprender un día de estos.



Manuel Garrido Palacios
Escritor

